

—Sólo que—interrumpió el señor Dórrit,—yo tengo el mayor placer en... ¡hem!... manifestar, con arreglo á mis pocos medios... ¡hem!... el aprecio que me inspira... ¡hem!... así como á todo el mundo... una persona tan distinguida y espléndida como el señor Merdle.

La dama saludó galantemente, dando gracias por el cumplido.

—Debo añadir, señora—continuó Fanny, como para dejar á Sparkler en el último término,—que papá es un sincero admirador del señor Merdle.

—Con sentimiento he sabido por el señor Sparkler—dijo el anciano,—que probablemente... ¡hem!... no veríamos al señor Merdle este invierno.

—Son tantas sus ocupaciones—replicó la dama,—y es su presencia tan necesaria allí, que temo que no pueda reunirse con nosotros. Hace un siglo que no sale de Londres. Y usted, señorita Dórrit, ¿hace mucho tiempo que viaja?

—¡Oh! á decir verdad no sé ya cuántos años—replicó Fanny con imperturbable aplomo.

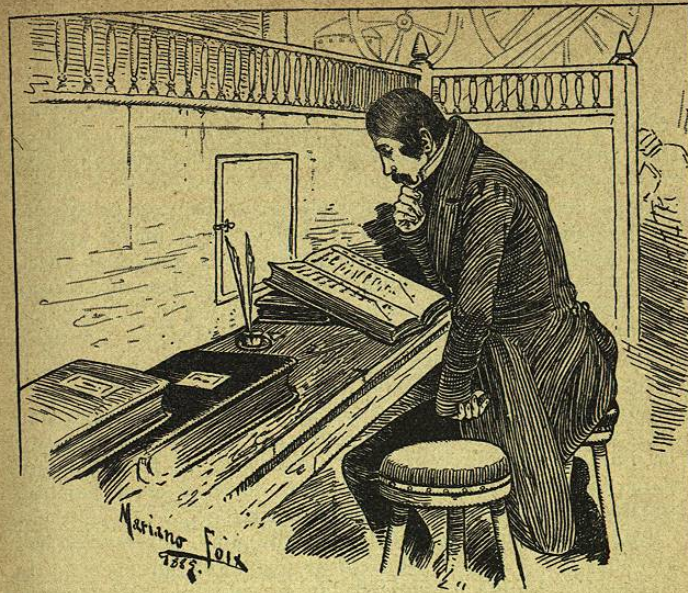
—Lo creo.

—No lo dudo.

—Espero, sin embargo—dijo el señor Dórrit,—que si no tengo el... ¡hem!... inmenso honor de conocer al señor Merdle junto á los Alpes ó el Mediterráneo, podré obtener tamaña satisfacción cuando regrese á Inglaterra. Es un honor que deseo vivamente y que sabré apreciar.

—Estoy convencida—replicó la esposa del gran banquero, mirando á Fanny con su lente,—que el señor Merdle no apreciará menos el honor de conocer á usted.

La niña Dórrit creyó que todo esto se reducía á un cambio de cumplidos; pero como su padre, después de asistir á una brillante recepción de la opulenta dama, repitió al día siguiente, en la intimidad de la familia, que deseaba conocer al célebre capitalista á fin de utilizarse con los consejos de este gran hombre para la colocación de su fortuna, la joven comenzó á creer que esto podría ser de buen augurio, y hasta ella misma experimentó la mayor curiosidad por conocer el prodigio financiero del día.



CAPITULO VIII

Lamentaciones de la viuda Gowan

Mientras las aguas de Venecia y las ruinas se abrasaban al sol, para mayor contentamiento de la familia Dórrit, ofreciendo diariamente á miles de viajeros artistas asuntos para bosquejos que no se parecían á nada, los trabajadores de la casa Doyce y Clennam hacían resonar continuamente sus martillazos en el Patio del Corazón Sangriento, donde durante las horas de trabajo se oía sin cesar la poderosa voz del hierro contra el hierro.

El más joven de los socios acababa de poner en orden los libros y las cuentas; y su compañero no teniendo que ocuparse más que de sus ingeniosos inventos, había trabajado mucho en aumentar la reputación de la fábrica; pero en su calidad de hombre de talento, debía luchar necesariamente contra los obstáculos que el gobierno opone siempre á esta clase de industriales.

Daniel Doyce, haciendo frente á la situación y á los contratiempos, continuaba en su tarea por amor al trabajo; mientras que Clennam, estimulándole con su cordial cooperación, llegó á ser un apoyo moral para su amigo, prestándole al mismo tiempo los mejores servicios como socio. La casa prosperaba como nunca; los dos amigos se profesaban el mayor aprecio.

El género de vida de Arturo era bastante monótono; hacía ya varios meses que la única distracción de Clennam se reducía á visitar en días dados la triste habitación de la paralítica; y con la misma regularidad la quinta de Meagles. Continuamente echaba de menos á la niña Dórrit; ya supuso que la ausencia de la joven dejaría un vacío en su existencia, pero nunca creyó que pudiera ser tan grande. Entonces pensó también que debería renunciar á toda esperanza de volver á verla, pues demasiado conocía el carácter de la familia Dórrit para no estar convencido de que la joven y él se hallaban separados ya por infranqueable distancia.

Cuando Clennam recibió la carta de Amy, su emoción fué profunda, pero no por eso dejó de reconocer que no era sólo la distancia la que le separaba de su amiguita, sino también otros obstáculos más difíciles de vencer. La carta le permitió adivinar asimismo fácilmente qué lugar reservaba la familia Dórrit al que en otro tiempo le prestara tantos servicios. Comprendió, no obstante, que la niña Dórrit conservaba de él secretamente tiernos recuerdos y supuso, no sin razón, que los demás individuos de la familia le confundían en su memoria con la prisión y el resto de su poco glorioso pasado.

En sus muy frecuentes meditaciones, Arturo veía, á la joven, por el contrario, tal como era en otro tiempo; veíala como su inocente amiga, como su cariñosa niña Dórrit; pero el cambio de fortuna de ésta inducía á considerarse como un hombre de mucha más edad de la que en efecto contaba. En el afecto que Arturo profesaba á la joven Dórrit había algo muy semejante á ternura paternal, que seguramente hubiera angustiada mucho á la joven; pensaba en el porvenir de su amiguita y en el esposo que pudiera elegir, con un desinterés que hubiera contristado á la pobre niña, arrebatándole la última esperanza.

Clennam visitaba con irregularidad, como hemos dicho, la quinta de los señores Meagles, que habían recibido ya varias cartas de su hija, la cual les aseguraba en todas ellas que era feliz y que amaba á su esposo; pero esto no había bastado para desvanecer de las facciones del padre la nube de tristeza

que Clennam observaba de continuo. Desde el casamiento de su hija, el buen Meagles, aunque sin perder el buen humor natural, no había vuelto á estar nunca tan contento como antes.

Cierta tarde de invierno, hallándose Clennam en la quinta, la viuda Gowan llegó de improviso en su coche de alquiler, y apeóse á la sombra de su gran abanico verde para hacer una visita á los señores Meagles.

—¿Cómo está el papá y la mamá?—preguntó con tono protector al entrar.—¿Cuándo han recibido ustedes noticias directas ó indirectas de mi pobre muchacho?

«Mi pobre muchacho» quería decir «mi hijo;» y esta manera de hablar, sin que nadie pudiera darse por ofendido, parecía mantener la ficción de que el infeliz había sido víctima de las cábalas de los Meagles.

—¿Y la hermosa niña?—continuó la señora Gowan,—¿han tenido ustedes noticias más recientes que las mías?

«Hermosa niña» daba á entender también, de una manera delicada, que sólo la belleza de la joven había cautivado á su hijo, induciéndole á sacrificarle la posición que les esperaba en el mundo.

—A decir verdad—prosiguió la dama sin hacer apenas caso de las contestaciones de Meagles,—es para mí un gran consuelo saber que siguen siendo felices. Mi pobre muchacho tiene tal costumbre de pasear su inconstancia entre una infinidad de personas que le idolatran, que la seguridad de que es dichoso con su compañera me satisface más que nada en el mundo; pero supongo que en la actualidad son más pobres que las ratas.

—Espero que no, señora—repitió Meagles resentido por esta última frase;—supongo que sabrán administrar bien su pequeña renta.

—¡Oh! no tal—replicó la dama,—¿cómo es posible que el papá Meagles, todo un hombre de negocios, que en tales asuntos es mucho más fuerte que nosotros, porque no entendemos de estas cosas (esto era indicar á Meagles que se le consideraba como un intrigante,) pueda hablarnos de administrar bien su pequeña renta? ¿quién considerará capaz á mi pobre muchacho, ó á la hermosa joven de administrar algunos centenares de guineas! Usted se chancea sin duda, señor Meagles.

—Pues bien, señora—contestó gravemente Meagles,—siento verme obligado á decirle que Enrique ha contraído ya deudas.

—¡Buen hombre!—replicó la viuda,—yo no necesito andar con rodeos aquí, porque al fin y al cabo somos casi parientes... sí, hay entre nosotros una especie de parentesco; y por lo mismo le diré que en el mundo no se puede tener *todo*.

—¿Y me será permitido preguntar á usted, señora—replicó Meagles animándose más que de costumbre,—quién es el que espera tenerlo *todo* en este mundo?

—¡Oh! ¡nadie, nadie! Sólo iba á decir... ¿qué iba yo á decir?... ¡Ah! ya estoy; iba á decir que debe usted recordar que mi pobre muchacho alimentó siempre ciertas esperanzas, que pueden haberse realizado ó tal vez estén por realizarse.

—Tanto vale suponer de una vez que se han defraudado—interrumpió Meagles.

La viuda Gowan dirigió una mirada de cólera á su interlocutor, pero dominóse al punto, y encogiéndose de hombros, añadió:

—Por lo demás, esto no hace al caso. El pobre chico ha estado acostumbrado á estas cosas, usted no lo ignora, y debía esperar las consecuencias; yo misma las he previsto claramente, y por eso no extraño nada, como no le debe á usted extrañar tampoco, caballero.

Meagles miró primero á su mujer, después á Clennam, mordióse los labios y tosió.

—Y en esto—prosiguió la señora Gowan,—llegará el día en que se anuncie al muchacho que hay un querubín en camino, lo cual supone no pocos gastos á causa del aumento de familia. ¡Pero en fin, á lo hecho, pecho! Ya no hay remedio, y por lo tanto, papá Meagles, no hable usted de las deudas que hayan podido contraer, porque esto sería ya demasiado.

—¡Demasiado!—repitió Meagles como si pidiese una explicación.—¿Qué quiere usted decir?

—¡Nada, nada! Se han casado y no podemos hacer que no estén; de manera que ahora sólo debemos esperar, ya que continúan viviendo felices, que esto dure mucho tiempo. Y no hablemos más del asunto, papá Meagles, porque nunca hemos considerado la cuestión bajo el mismo punto de vista y seguiríamos cada cual en sus trece.

—Señora Gowan—replicó Meagles,—yo he sido siempre un hombre liso y llano, que no entendió de artificios elegantes ni de subterfugios para engañarse á sí mismo ó engañar á los demás; y de consiguiente creo que, sin ofender á nadie, pue-

do rogar á los otros que me dispensen de entrar en este terreno.

Mamá Meagles—dijo la viuda,—su buen esposo de usted me parece hoy un hombre incomprensible.

La de Gowan se proponía sin duda empeñar el debate con la buena señora á fin de obtener un fácil triunfo, pero Meagles intervino para desconcertar este ardid de guerra, diciendo:

—Señora Gowan, sólo me resta añadir dos palabras, y es que estoy un poco... no quisiera usar una expresión demasiado fuerte... ¿diré un poco resentido?

—Diga usted lo que quiera—replicó la viuda;—á mí me es del todo indiferente.

—Es usted poco amable al contestarme así. Cuando oigo decir que debíamos prever lo que sucede, que es demasiado tarde ahora, y otras cosas por el estilo, natural es que me resienta.

—¿De veras, papá Meagles? Pues yo no lo extraño.

—Tanto peor, señora; yo creí que al menos lo extrañaría, y que no vendría usted con esa frescura á herirme en lo que más quiero.

—No soy responsable de los remordimientos de su conciencia.

Al oír esto, Meagles enmudeció de asombro.

—Si por desgracia reconoce usted que tengo razón—añadió la señora Gowan,—cuando menos no me culpe á mí, ni pegue conmigo, papá Meagles.

—¡Vive Dios, señora! eso equivale á decir...

—Ya concluiré yo la frase por usted—interrumpió la viuda;—eso equivale á decir que desde un principio me opuse á ese casamiento, arreglado por usted, y que contra mi voluntad he consentido en el último momento.

—¡Mujer!—exclamó Meagles dirigiéndose á su esposa,—¿oyes tú eso? Arturo, ¿oye usted lo que dice esta señora?

Siguióse una pausa de algunos minutos, durante la cual Meagles debió hacer un gran esfuerzo para contenerse.

—Señora—dijo al fin,—siento que me obligue usted á ello, pero me ha de permitir recordarle mi lenguaje y conducta desde el principio.

—¡Oh! demasiado lo he comprendido todo—replicó la viuda sonriendo con aire de inteligencia acusadora.

—Le aseguro á usted—añadió Meagles,—que jamás había conocido la inquietud ni el pesar, y que esto ha sido para mí una prueba tan dolorosa...

Meagles no pudo decir más y ocultó su rostro en el pañuelo.
—He comprendido perfectamente de qué se trataba—repuso la viuda abanicándose tranquilamente;—y puesto que usted apeló antes al señor Clennam, permítame ahora hacerlo yo también: que diga él si no es así.

—Me repugna—contestó Clennam, en quien se habían fijado todas las miradas,—intervenir en esta discusión, porque deseo mantenerme en buena inteligencia con Enrique Gowan. Cierto que esta señora, en una conversación que con ella tuve antes del casamiento, atribuyó á usted, señor Meagles, el propósito de conseguir aquel enlace; pero no lo es menos que yo procuré desengañarla, diciéndole que yo sabía (y ahora lo sé mejor que nunca,) que el señor Meagles se había opuesto firmemente con palabras y actos hasta el último instante.

—¡Ahí lo tiene usted!—exclamó la viuda, mostrando á Meagles las palmas de sus manos, como si representase la justicia en persona, y aconsejara al culpable confesar su crimen en vista de las pruebas irrecusables que resultaban contra él.
—¡Muy bien! Y ahora, papá y mamá Meagles, me tomaré la libertad de poner término á esta formidable controversia, sin decir una palabra de la justicia de mi causa. Sólo diré que esto es una prueba más de lo que la experiencia ha demostrado mil veces, y es que estas cosas no salen nunca bien...

—¿Qué cosas?—preguntó Meagles.

—Es inútil que las personas de antecedentes tan distintos traten de unirse; y cuando por rara casualidad las asocia un inesperado matrimonio, es imposible que consideren bajo el mismo punto de vista el accidente que los reunió. Esto no sale bien nunca.

—Permítame usted observar, señora...—comenzó á decir Meagles.

—No—interrumpió la viuda,—es inútil; si á ustedes les parece, yo seguiré mi camino y ustedes el suyo, porque no hay nada más enojoso que unas relaciones como las nuestras, en las que no se sabe si se trata con parientes ó con extraños. Aseguro á ustedes que esto no sale bien nunca.

La señora Gowan, que se había levantado al pronunciar estas palabras, hizo un saludo, más bien al salón que á las personas que en él se hallaban, y retiróse seguida de Clennam, que se levantó para acompañarla hasta «la caja de píldoras» que esperaba á la puerta.

Desde aquel día, la orgullosa dama se complació en decir

á sus amigos que después de muchos esfuerzos se había convencido de que no era posible tratar á los padres de la esposa de Enrique, aquella gente que había intrigado tanto para atraer á su pobre chico.

